PARIS, ESTE INVIERNO

Por Víctor RUIZ IRIARTE

(Como otras muchas personas, yo guardo en un cajón de la mesa mi cuaderno. Es un cuadernito humilde, con tapas de hule, donde, a veces con frecuencia y periodicidad, y en ocasiones sin ningún orden, anoto las impresiones de un día, el sucedido que importa, la nota sobre una lectura o un paisaje nuevo... Leves, levísimas acotaciones escritas apresuradamente en la madrugada de cada noche. Los párrafos que siguen son, fielmente reproducidas, las páginas de mi cuaderno que corresponden a una reciente y fugaz escapada a París.)

Enero, 28.

Eran las once, esta mañana, cuando entrábamos en la Aduana de Hendaya. Yo pienso que antiguamente, cuando el viaje tenía la emoción de la aventura, el hecho de cruzar una frontera debía de ser en extremo excitante. Hoy todo esto tiene una frialdad aterradora. Los viajeros procedentes de España —franceses, ingleses, americanos y españoles— estamos desfallecidos de sueño porque en el tren hemos dormido poco y mal. En silencio y aburridísimos desfilamos ante la ventanilla de la Policía francesa... De pronto la cola se inmoviliza unos minutos. Es un viajero que discute. Un americano.

El registro de equipajes es frío, rápido y maquinalmente realizado por los funcionarios de ambos países. Yo no sé por qué los contrabandistas profesionales se empeñan tozudamente en transportar sus alijos por los vericuetos tradicionales de las montañas, tan peligrosos y tan inclementes. Por la Aduana, cumpliendo todos los trámites, es mucho más fácil. Lo que ocurre es que los contrabandistas, si no lo pasan mal, no están contentos. La tradición.

Los mozos de equipajes son quienes en realidad le proporcionan a uno la idea justa de la frontera. Uno grita aquí, empujando su carrito lleno de maletas y con cierto malhumor muy ibérico:

—¡Cuidado! ¡Que voy!

Unos metros más allá, en el otro andén, una voz igualmente vigorosa y no más cortés, pese a la fórmula verbal, pide paso:

—Atention, monsieur, s'il vous plait!

Y ya está uno en Francia.

* * *

¡Qué cómodo es el tren francés! Hace una mañana de dulce y bella niebla. Esa alondra que según Anouilh siempre cruza bajo el cielo de Francia, hoy juguetea entre las nubes. Ante nuestros ojos prosigue incesante este paisaje en verde que comenzó un poco más allá de Vitoria y que ya no nos abandonará hasta París. Toda la inmensa región de Las Landas está bañada en una hermosísima melancolía...

Siete de la tarde. "Gare" de Austerlitz. Eduardo y Pilar Haro nos esperan en el andén. París, ya de noche, alegre y luminoso, pero viejísimo y muy descuidado por estos contornos, le hace a uno una rara impresión. Resulta que se parece muchísimo a Barcelona...

* * *

En casa de los Haro —Place Wagram— nos reunimos, con el matrimonio, José María Alonso Gamo, mi viejo amigo, poeta y diplomático, cónsul de España en París; Víctor de la Serna Répide, que ha hecho el viaje conmigo desde Madrid y que esta misma noche sale para Suiza, y yo. En el magnífico coche de Gamo, que él conduce como un francés, esto es, con un elegante desprecio por su vida y por la de sus amigos, nos dirigimos a Saint-Germain des Pres. Cenamos en el "Royal", un restaurante situado junto a la "Brasserie Lipp", frente al "Flore" y al "Deux Magots". Una fugaz ojeada, en esta primera noche, me convence de que la temperatura pintoresca de Saint-Germain ha descendido notablemente. Apenas se ven muchachas ataviadas a lo existencialista. Los hombres visten, por lo general, desastrosamente. Pero ya se sabe que los franceses ponen en esto un interés casi patriótico...

Hoy es jueves, y en esta noche de cada semana

un grupo de españoles monta su tertulia en el entresuelo del "Flore". Suelen acudir Carlos Sentis, Juan Bellveser, Alonso Gamo, Eduardo Haro Tecglen, Medardo Fraile, un joven dramaturgo, Gil Vilache, que ha conseguido estrenar en París su primera obra; algunas muchachas francesas, y sobre todo pintores, muchos pintores. Naturalmente, todos me piden noticias de España, quiero decir del café Gijón.

Cuando de madrugada descendemos por la escalerita de caracol en busca de la salida, un pintor se detiene ante los carteles murales que anuncian las exposiciones de Matisse y de Picasso, y comenta sardónicamente:

—¡Je! Novedades...

Uno siente un escalofrío al pensar en la idea que tendrá este muchacho de la pintura moderna...

Día 29.

Eduardo Haro me invita a dar un paseo en su coche.

Hace una espléndida mañana de primavera, con un sol bonito y una suavísima niebla. En el Bosque de Bolonia —el "Bois" es un prodigioso bosque a la inglesa por la misma extraña razón que el Retiro madrileño es un parque a la francesa— los árboles, la niebla de París y este sol pudoroso de invierno juegan unos milagrosos matices de luces y contraluces. Por los senderos del "Bois" varias muchachas impecablemente vestidas —deben de ser extranjeras— de amazonas pasean a caballo... Hay turistas con máquinas fotográficas. Y, claro, aquí y allá, entre los árboles, o marchando enlazados por la cintura, unas parejas de enamorados que se besan desaforadamente.

Volvemos al centro. Calles y más calles. Haro Tecglen lleva su coche como un experto guía. Hitler, en su gran noche de conquistador, asomado a un balcón de la plaza de la Concordia, dijo de París: "Es una sonata". Pero, ¿no podría decirse algo tan bello, por lo menos, de una mañanita parisién como la de hoy? ¡Qué gozo tiene la infinita recta de Les Champ Elysées! El Arco del Triunfo, cuya misteriosa arquitectura disimula su altura de veintisiete pisos. La plaza de la Concordia, con su increíble armonía, La señorial severidad, tan burguesa, de la Avenue de Foch. El elegante bullicio de la Avenue George V, donde España ha montado graciosamente tres posiciones: la Embajada, la Casa del Turismo Español y Balenciaga. Después, la Place Vendome, la Rue de la Paix, la Rue de Rivoli, el Palais Royal. Por cierto, es curiosísima la veneración que esta Francia republicana guarda para su pasado monárquico. En la muestra de los comercios tienen una infinita mayoría los títulos a base de "Le roi" y "Le royal"...

* * *

Esta noche he visto en el Cinema Royal, de la Madeleine, una versión cinematográfica del "Huis-closs", de Sartre. Yo tenía muchísimo interés...

Pero la película me ha defraudado. No es nada ni importa nada. Está realizada con una insufrible y pedantesca lentitud. Por otra parte, se halla plagada de influencias de un cine que ha sido durante tantos años moderno, que ya resulta antiquísimo. Lo único que se salva del film es la buena literatura que lo origina. Pero en ráfagas...

Había poquísimos espectadores. Se aburrían.

Día 30.

He pasado la mañana en Saint-Germain. Me gusta este barrio. Si yo permaneciera una larga temporada en París, viviría en este boulevard o a muy poca distancia. Ese pequeño sector, que se comprende entre los cafés existencialistas la "Brasserie Lipp", la "Reine Blanche", la iglesia de Saint-Germain y la Sorbona, tiene un atractivo indefinible. Sus quioscos ofrecen revistas de todos los países; las librerías rebosan de novedades; las terrazas encristaladas de los cafés siempre tienen su buen rincón dispuesto para el ocio del observador. Por las aceras transitan unos estudiantes desaliñados, con ese ceño precoz, tan gracioso, que tienen hoy los preocupados jóvenes de todo el mundo; entre ellos, los profesores de aire descuidado y abstraído. Todo Saint-Germain es como un país aparte, compuesto por unas gentes adorables que van por la calle sin prisa...

Declaro mi personal predilección por la "Brasserie Lipp". Es un café-restaurante encantador. Se conserva como en el primer día de su ya lejanísima inauguración. Pero brillan los metales dorados, irradian limpia alegría los espejos y los divanes son comodísimos. Todo el salón parece un decorado dispuesto para rodar un tecnicolor americano sobre París. Me dicen que la más brillante clientela de la "Brasserie" la constituyen los diputados de la Asamblea Nacional, que acuden aquí a comer en los descansos de las sesiones. Por contraste, en la acera de enfrente, el "Flore" y "Aux Deux Magots" son dos locales feísimos, sin ninguna gracia y sin el menor estilo. Pero tienen en sus precios —más de diez pesetas un café— la presunción de su fama internacional. En los "tickets" del "Deux Magots" se lee: "Rendez-vous de l'élite intelectuel"...

Claro que en cualquier parte surge una sorpresa. Por ejemplo, entro en una librería:

—Mademoiselle... Deme las obras teatrales de Henry Geon.

—¿Henry Geon?

—Sí...

—No le conozco.

—¡Ah!

* * *

En el Cine Madeleine dan una película —"Le pain vivant", que se estrenó ayer— realizada sobre un guión escrito por François Mauriac. La primera sensación que experimento al entrar en la sala es de extrañeza. François Mauriac es hoy, sin disputa, el escritor más leído y atendido por la mayoría de los franceses. Pero lo cierto es que el local está casi vacío...

"Le pain vivant" es una película excelente. Es, además, "muy Mauriac". Lo cual quiere decir, sencillamente, que su excesiva intensidad intelectual la hace un poco pesada para el gran público. Trata

de un problema religioso entre muchachos. Hay planos de una gran belleza. Y el diálogo es magnífico.

* * *

Como los periódicos anuncian las últimas de "La alondra", decido ir esta noche al teatro Montparnasse. Conozco bien esta obra de Anouilh, que me parece una de las piezas fundamentales del teatro contemporáneo, porque la he leído un par de veces y asistí, además, a su estreno en el Español, de Madrid. Pero me tienta la idea de vérsela interpretar a Suzanne Flon, su creadora...

¡Qué distinta es, en todos los órdenes, esta versión escénica de "La alondra" que se da en el Montparnasse de la que en estos días se representa en el Español, de Madrid! Por de pronto, la economía de medios escénicos es aquí absoluta. Apenas existe decorado. Claro que también la escenografía que ha presentado Tamayo es sumaria. Pero mientras que lo que ha hecho Tamayo —con evidente buen sentido, a mi juicio, frente a la realidad del público español— ha sido un decorado para fingir que no hay decorado, aquí, en París, no hay decorado realmente. El telón del fondo es la pared del escenario, pintada de cal.

Otro tanto puede decirse de los trajes. En la escenificación del Montparnasse los trajes son simples manchas de color recortadas con gracia. En Madrid los trajes —magníficos— están dibujados con minucia y algunos hasta ricamente realizados. Las mismas consecuencias pueden deducirse de una y otra interpretación. Mientras en Madrid la obra se hace con íntima convicción de poema dramático, los actores franceses la representan como un vivo juego de farsa irónica y divertida. El público ríe casi constantemente a lo largo de toda la obra con la sátira y la vibración intelectual del diálogo. Quizá por ello, cuando aparece la pausa patética, el efecto es más resonante... Suzanne Flon es una actriz menuda, con una voz un poco gruesa, que maneja sabiamente, convirtiéndola, a su gusto, en bellísimos arpegios de ingenuidad. En los efectos de humor es sencillamente infalible. Pero tengo la alegría de confesarme a mí mismo que en las notas dramáticas prefiero a mi admirada amiga Mary Carrillo.

Después de más de un año de representaciones de "La alondra", el público que llena esta noche el "Montparnasse-Gastón Baty" aplaude como si fuera el estreno. Es asombroso. Quizá lo mejor del teatro francés sea el público...

* * *

Un taxi me deja en la Madeleine. Ya es más de media noche. Pero los boulevares resplandecen de luces y de júbilo. La pancarta luminosa del Comedia grita a todo París, en nombre de Edith Piaff. Doy un paseo. Al llegar a la Opera me cruzo con la gente que sale del teatro. Es un público horriblemente vestido de etiqueta. Unas cuantas muchachas bonitas con sus vaporosos y largos trajes de tul se cubren los hombros desnudos con abrigos de sport. Dan ganas de llorar.

Es una madrugada parisiense del mes de enero. Pero no hace frío. Me siento, al aire libre, en la terraza del Café de la Paix.

La terraza "est chauffée".

Día 31.

José María Alonso Gamo me invita a almorzar en "L'Ancien Trocadero", frente al Palacio de Chaillot. Desde la terraza vemos la entrada del público a la "matinée" del "Théâtre National Populaire". Es un público sencillo, dominguero, humilde, compuesto por entusiastas del teatro, que adquieren sus boletos con varios días de anticipación para ver a María Casares en "Macbeht" o a Jean Vilar en "Hamlet" o a Gerald Philippe en "Don Juan". Es muy particular la organización de este teatro subvencionado, que funciona con un fantástico éxito. Las localidades valen menos de la mitad que en otros teatros de París: cuatrocientos francos la "orchestre". En los demás, la misma butaca cuesta mil o mil cien francos. Por otra parte, el Ministerio ha prohibido que las agencias de "locations y voyages" despachen entradas del "National Populaire", con el fin de que al público no se le aumente tan módico precio... Esto significa que para conseguir billetes hay que pasar unas horas en las colas, a veces bajo la lluvia.

Después de comer nos ponemos en marcha.

Es un domingo nublado, con una lluvia finísima casi imperceptible, muy parisién. Atravesamos Place Pigall, que hierve de jolgorio y de bullicio. La fachada del "Moulin Rouge" está como en los días de Toulouse-Lautrec, como también se conserva igual la portada del "Maxim's" y la joyería de "Cartier". En París no cambia nada. Se restaura todo. Por eso París siempre es el mismo...

Una muchedumbre alegre y dominguera colma las aceras del Boulevard Montmartre. Pero en lo alto de la colina, el Sacre-Cœur está rodeado por una multitud de turistas que infunde pavor...

Es gratísimo un breve paseo por estas callejuelas de Montmartre. A cada paso surge una evocación o una cita literaria que ya creíamos perdida en la memoria. ¡Qué bonita es la iglesia de Saint-Pierre, en esta pequeña plaza, minuciosamente retocada por el tiempo como un viejo aguafuerte! Muy cerca, la placita del Tetre, con sus pintores callejeros, que, impertérritos, trabajan bajo la niebla, rodeados de ingenuos turistas que, influídos por la literatura, creen descubrir en cada uno de estos simpáticos vividores un genio del futuro; con sus extraños ciudadanos que venden antigüedades; con sus "boulangeries", y sus cafés diminutos, y su salón de baile. A la vuelta está el cabaret de la "Patachou", que, por cierto, ha hecho reforma, decisión que ha caído muy mal entre los clásicos de Montmartre. Y en un recodo, como un felicísimo efecto escenográfico, hay un chalet con las fachadas cubiertas de yedra que en tiempos fué el estudio de Utrillo.

Montmartre ha perdido su antiguo esplendor. En realidad, hoy sólo es un típico lugar de cita para el turismo internacional que no vive muy al día. Pero quedan todavía algunos fieles ilustres a la tradición artística y literaria de Montmartre. Entre ellos, Marcel Aymé. Mientras algunos de sus colegas habitan apartamentos en Passy, Marcel Aymé continúa siendo vecino de Montmartre, y todas las tardes baja a jugar al dominó a uno de estos cafetines...

Pero no se olvide que Marcel Aymé es uno de los escritores que se han quitado la corbata. Se venden unas fantásticas tiradas de sus libros. Sus obras teatrales le han proporcionado ya dinero suficiente para comprar una soberbia finca en el campo. Y tiene un modernísimo automóvil. Pero no usa corbata.

* * *

En el teatro "Edouard VII" se ha estrenado, con un rotundo fracaso, "Il y a longtemps que je t'aime", del popularísimo Jacques Deval...

En efecto, la obra no está lograda. El primero y tercer actos son vacilantes. Pero en cambio me ha gustado el segundo. Tiene lugar la acción de este cuadro en la habitación de un hotel modesto que habita un oficial de la marina mercante: Jean Pierre Aumont. En esta habitación —se trata de una comedia francesa— hay una cama. Jean Pierre Aumont se acuesta y se levanta con muchísima frecuencia, unas veces solo y otras casi, casi, acompañado por cada una de las tres actrices que con él dialogan sucesivamente en el transcurso del acto. Las tres actrices son Louise Roblin, Dora Doll —encantadoramente descarada— y Jacqueline Monsigny, que es un milagro le femineidad.

Jean Pierre Aumont es uno de esos actores que, según se dice siempre, gustan mucho a las mujeres...

Febrero, 1.

Uno de los auténticos placeres que proporciona el día de París es la hora del desayuno. Y no por el desayuno en sí, sino porque sobre la cama se derrama una increíble cantidad de periódicos... Todos dedican gran atención al teatro. Críticas, antecríticas, noticiarios, reportajes. No hablan de la crisis, desde luego. Si hay crisis, se la callan elegantemente, y no se producen sollozos en letra impresa...

El Rotary Club dedicó su almuerzo ritual a Marcel Achard. Y éste, en su obligado discurso de gracias ha hecho su propia autobiografía:

—Soy —dice Achard— un autor como otros muchos. He tenido algunos grandes éxitos, varios fracasos y algunas piezas de resultado medio. A veces he marchado a ras de tierra como un caballo trotando. A veces he volado como una alondra. Pero en la alondra está el éxito.

* * *

Todo París comenta "Les diaboliques", el último film de Clouzot, que se acaba de estrenar en el "Cine Paris" de Champs Elysées.

Verdaderamente, esta resonancia es merecidísima. "Les diaboliques", en su género —una película intrigante, policíaca y morbosa hasta límites insospechados—, es un film extraordinario. Clouzot ha superado su propia marca de "El salario del miedo". Los espectadores, estos espectadores franceses tan ponderados habitualmente, no pueden reprimir el espanto que les causan las inesperadas y terribles escenas y muchos gritan con verdadero pavor... Vera Clouzot y Simone Signoret son las intérpretes afortunadísimas de estas dos demoníacas protagonistas.

Monsieur Clouzot, constituído en dictador de su propio éxito, ha prohibido la entrada del público a la sala una vez empezada la proyección...

Y le obedecen.

* * *

En el teatro "Hébertot", que es un teatro tristísimo del boulevard de Batignolles, he visto esta noche un reciente estreno. Se trata de "La condition humaine", adaptación hecha por Thierry de Maulnier de la novela de André Malraux...

Thierry de Maulnier disfruta esta temporada de un envidiable primer plano. Su obra anterior, "La maison de la nuit", puesta en este mismo teatro con algún éxito; sus artículos sobre teatro en "Combat" y en "L'Expréss" y por último esta adaptación escénica de la célebre novela de Malraux le han procurado un evidente relieve. Es un católico convencido. Y con François Mauriac y algún otro nombre ilustre es uno de los más significados escritores que forman la escolta intelectual de Méndes France.

Pero... a mí no me gusta "La condition humaine" como pieza teatral. Acepto los valores literarios de un diálogo apretado de ideas y de sugerencias. Su gracioso juego escénico. Pero la inacabable sucesión de cuadros fatiga, y no permite que el espectador entre en situación si no es en esporádicos instantes. La puesta en escena pertenece a un estilo que ya dábamos por extinto. Cámara negra. Focos. Oscuros. Unos leves, y no siempre buenos apliques escenográficos de cuando en cuando. Reconozco, sin embargo, que han logrado momentos, dentro de esta fórmula, de un verismo sorprendente. Por ejemplo, el atropello de un muchacho, en plena calle, por un automóvil... Todo ello conseguido entre dos cortinas negras, separadas apenas un metro entre sí, y dos focos deslumbrantes al fondo.

Al escaso público que hay esta noche en el "Hébertot" tampoco le agrada demasiado la obra. Es un auditorio elegante, burgués, bien vestido, que siente una irreprimible indiferencia ante este desfile de obreros que, portando banderas rojas, piden pan y trabajo, mientras de lejos viene la melodía de "La Internacional"...

La interpretación, a base de hombres, es soberbia.

Día 2.

Me he levantado temprano decidido a callejear a pie un buen rato por París.

Pero, naturalmente, este heroico propósito ha fracasado. Como siempre. Y me siento en un café de la plaza del Théâtre Française, frente a la Comedia Francesa, junto a la Avenida de la Opera y cerca de la rue de Marivaux... Muy próxima —en este barrio cuya nomenclatura de calles constituye un homenaje al teatro— hay una librería que se titula "La Maison de Molière". Entro:

—Por favor... ¿Las obras de Henry Geon?

El dependiente me mira casi enfadado:

—¿Henry Geon?

—Sí.

—No. No tengo nada.

—Perdón.

* * *

Pilar y Eduardo me llevan, por Saint Cloud, a Versalles. Eduardo conduce casi como Alonso Gamo. Pilar y yo iniciamos unas tímidas súplicas... Pero es inútil. Entonces, Pilar, mientras el coche marcha a cien kilómetros por hora, nos hace un resumen bastante completo de las infinitas desgracias que acechan a los automovilistas imprudentes. Yo, emocionadísimo, le ruego que se calle.

En Versalles damos una vuelta completa al lago. Pilar y Eduardo hablan de "El Gran Minué". Yo me confieso a mí mismo —sin atreverme a decirlo— que me gustaría asistir una noche a la representación de mi comedia, puesta aquí, a la orilla del lago, sobre el césped, con el Palacio al fondo...

En el cine "Marignan", de Champs Elysées, al regreso, vemos la versión cinematográfica del "Sigfredo" de Giraudoux. Resulta una notable película, para quien no conozca la obra teatral. Pero se ha desvirtuado el espíritu y hasta la peripecia de una de las más bellas y sutiles comedias de Giraudoux...

Cenamos en un diminuto y bonito restaurante —"Le petit châtelet—", próximo a Nôtre-Dame. Esta noche vamos al "Sarah Bernhardt"...

* * *

El teatro "Sarah Bernhardt", uno de los mayores de París, estaba lleno esta noche, como todas las noches, para la representación de "Les sorcières de Salem", de Arthur Miller, adaptada por Marcel Aymé.

Hay que anotar que el valor que en París se concede a la tarea literaria de adaptar una obra ajena es muy superior al mérito que le otorgamos entre nosotros. En París las versiones de obras extranjeras siempre están a cargo de autores nacionales de primera fila. En estos días, en los carteles parisinos, además de la obra de Miller, se presentan: "La importancia de llamarse Ernesto", en versión de Jean Anouilh; "La casita de té", traducida por Albert Husson; en el "Marigny", Barrault hace el "Hamlet", de André Gide. Y siempre, siempre, pase lo que pase, en algún teatro hay una adaptación de Mac Gilbert Sauvajon...

"Les sorcières de Salem" constituye, si no el mayor éxito de público de la temporada, puesto que hay varios tan evidentes como éste, el suceso de más consideración. Es, en efecto, por su empaque y por su ambición, una obra importante. Muy distinta, técnicamente, a "La muerte de un viajante", lo cual habla muy a favor de su autor, a mi juicio, en cuanto a oficio teatral, que siempre es interesante. El primer acto —donde uno presiente que se hace más notoria la pluma de Aymé—, es un estupendo juego teatral servido maravillosamente por unas actrices, de todas las edades, extraordinarias.

Simone Signoret es admirable.

Ives Montalve, el "chansonnier" que el año pasado, de "boîte" en "boîte", era el ídolo del frívolo mundo nocturno de París, se ha convertido en un actor dramático de enormes posibilidades. Su gesto tan expresivo, su voz baja —los actores franceses hablan muy bajo— en los instantes de mayor patetismo, es sorprendente.

La presentación y realización de este espectáculo es un verdadero modelo. En algún momento, la cuidadísima y sabia plástica recuerda un cuadro de Velázquez. Asombra pensar, además, que en un escenario como el del "Sarah Bernhardt", que no tiene plataforma giratoria, puedan realizarse los cambios de decorado a la asombrosa velocidad que se consiguen...

Y como siempre el público casi a mayor altura que el espectáculo. Cuando al final, Ives Montalve y Simone Signoret saludan escoltados por su compañía —ella con la rodilla rozando en el suelo, y él rendidamente, como un caballero del siglo XVII—, los espectadores, en pie, sin prisa por abandonar el teatro —son las doce y cuarto y la función empieza a las nueve—, aplauden jubilosamente, con fervor. Y de todos los rincones de la sala llega el mismo grito:

—¡Bravo!

Día 3.

Paso gran parte de la mañana en la Librería Teatral de la rue de Marivaux. Me voy feliz con mi gran lote de libros. Ya en la puerta, vuelvo:

—Por favor..... ¿Tiene las obras de Henry Geon?

—¿Qué dice?

—No, nada... Disculpe.

Y me marcho avergonzadísimo...

* * *

En Nôtre Dame de París, a las doce de la mañana de este día invernal y lluvioso, hace un frío atroz.

La catedral, infinitamente grande, cobija entre sus piedras grises, sucias del tiempo, en contraste con aquellas admirables vidrieras que lucen en lo alto, una temperatura escalofriante...

Una fantástica legión de turistas recorre el templo mirando a todas partes con un descaro estremecedor. Entre ellos, grupos de niños —colegios enteros—, caminan por aquí y por allá hablando de sus cosas. En un rinconcito descubro arrodillado a un hombre humildemente vestido, embozado en su bufanda hasta las orejas... Es un francés que ha venido a Nôtre Dame para rezar.

(Me dan ganas de pedirle un autógrafo.)

* * *

Tomo un taxi para la Place Wagram. El taxista es un viejo francés bigotudo y colorado, que tiene unos frenéticos deseos de conversar. Cuando advierte mi pésima pronunciación me pregunta:

—¿Es usted extranjero?

—Sí... Español.

—¡Ah, español! ¿Residente o turista?

—Turista.

—Ya.

Y, luego, con muchísima curiosidad, bajando la voz, inquiere:

—Y dígame, señor... ¿La guerra de España ha terminado?

Yo, en el mismo tono confidencial, respondo:

—Sí... Hace algún tiempo.

Cuando nos despedimos nos estrechamos la mano calurosamente. A los dos nos embarga cierta emoción. Al fin y al cabo somos partícipes de un secreto.

* * *

¡Oh, el Lido!

Las cuatro letras del Lido, en neón azul, ilusionan con su promesa de frivolidad a los turistas que

transitan por Champs Elysées. Ahí está, entre cines cafés, "boutiques", librerías, tiendas de automóviles y "tabacs", la entrada del cabaret más famoso de Europa. Una escalerita, alfombrada en rojo, conduce a la pequeña oficina de reserva de mesas...

El Lido es un local grandísimo. Pero la severidad de sus colores, y su discreto y un poco pueril ringorrango veneciano, disimulan las colosales dimensiones. La parca iluminación a media luz —tristísimo procedimiento que se usa en todas las salas de fiesta— consigue la intimidad de cada mesa. La revista —la gran revista en "cinemascope" con la que el Lido celebra sus veinticinco años de existencia— comienza a las once, después de la cena, y termina muy cerca de las tres de la madrugada, con un corto intervalo hacia la una para bailar. Por encima de unos números de variedades —algunos sensacionales—, el interés se centra en las encantadoras evoluciones de este formidable "ballet" de muchachas inglesas que alarmantemente vestidas, quiero decir tranquilamente desnudas, bailan de una manera magistral...

El cabaret está lleno esta noche, como lo estará mañana y siempre. No se ven rostros conocidos de los que todas las semanas se disputan las portadas del "París-Match" y del "Jours de France". Es un público —público de Dior, de Fach, de Balenciaga—, elegante, sereno y silencioso, entre el cual se mezclan algunas damas que ríen demasiado fuerte y algún caballero grandullón, muy coloradito, que mira embobado a todas partes y ríe porque se siente el hombre más afortunado de la tierra...

En París también abundan estos inocentes.

Día 4.

En el "Gymnase", un teatro de boulevard, en pleno Boulevard Montmartre, he visto "Adorable Julia". Esta comedia tiene una graciosa historia literaria. Su origen es la novela de Sommerset-Maugham titulada "Teatro", y también en otra traducción española, "La otra comedia". De la novela, un comediógrafo inglés, y no el propio Sommerset Maugham, tan ducho en estas tareas escénicas, extrajo una versión teatral. De ella se han hecho traducciones a otros idiomas, entre otras una de Félix Ros, que se presentó en España con éxito por Pepita Serrador, y ésta de Sauvajon, que representa en el "Gymnase" Madeleine Robinson. Entre la versión española y la francesa hay grandes diferencias. Es natural: téngase en cuenta que la obra tal como se dió en Madrid alcanzaba dos horas de representación y en el "Gymnase" dura cerca de tres...

Madeleine Robinson es una actriz cómica formidable. Posee todos los recursos y todas las artes. Es simpática y graciosa. Pero no es bonita. Si en sus gestos y en sus actitudes no hay nada excesivamente personal —es una actriz, en este aspecto, como tantas otras, y no excesivamente femenina— hay que reconocer que el gran secreto de su arte está en la dicción. Dichas por ella, las frases más simples adquieren una fuerza cómica explosiva...

La compañía del "Gymnase" es una formación de tipo medio, en la que aparecen todos los defectos y todas las virtudes de los actores franceses. Pero sobre los defectos, que los tienen, está ese extraordinario sentido de la declamación, ese ritmo milagroso que convierte en verdad la más increíble ficción escénica. Hablan de un todo tan natural que el diálogo adquiere las modulaciones de una partitura musical...

* * *

Esta mañana, el taxista, cuando le dije que me llevara al Museo del Louvre, frunció el ceño:

—¿Al Louvre?

—¡Naturalmente!

Y me miró con franca desaprobación.

No lo entiendo.

* * *

Pero lo comprendí después.

El Louvre es un Museo increíblemente inhóspito. Cuando después de dar una vuelta por la sala de reproducciones de la planta baja, que por cierto es la única verdaderamente concurrida, uno sube, emocionadísimo, la gran escalera se sufre un susto espantoso. Parece que la tremenda Victoria de Samotracia, que está allá en la meseta, se va a desplomar de un momento a otro para aplastar nuestra pobre e indefensa humanidad...

Después, salas y más salas. Piedras blancas, bóvedas blancas. Frío, frío, frío. ¡Oh, el elegante y delicado confort del Museo del Prado!

De pronto, una sorpresa: el Louvre está lleno de niños. Muchos niños. Niños por aquí, por allá, por todas partes. Uno emprende la huída de una sala a otra. Pero todo es inútil. En todas partes esta asombrosa concentración infantil nos corta el paso...

Son niños alegres, jolgoriosos, retozones. De pronto, un chiquitín, que denota una vocación iconoclasta alarmante, empieza a darle pataditas a un sarcófago anterior en tres siglos a la Era Cristiana.

Pero el atentado no es demasiado grave. Resulta que el sarcófago, junto a la fecha, tiene grabada una (?) decepcionante...

Día 5.

Llueve... Detrás de los cristales de mi balcón que domina la Place Wagram y un buen trozo del Boulevard de Malesherbes, pienso en que quizá el matiz más significativo de esta fantástica ciudad es una subrepticia melancolía...

Pero ¡cuánta hermosura en esta tristeza!

* * *

En "Le Bourget", almuerzo apresurado con Pilar, Eduardo y Alonso Gamo. Son tres amigos incomparables.

Todavía, ante la gran librería del aeródromo siento tentaciones de pedirle a "mademoiselle" las obras de Henry Geon...

Pero no me atrevo,